

Es, os dirá unas veces el impío Renan, á quien hacen coro cien y cien voces de pretendidos filósofos, para quienes todo es axioma y certidumbre, con tal que sea contrario á la Religion Católica, es la originalidad más sublime y la conciencia más excelsa que jamás se haya revelado ni haya de revelarse en la humana naturaleza; el iniciador de la religion universal del género humano, que con razon le ha tenido por Dios (1): y otras veces, contradiciéndose groseramente, y acompañado en su contradiccion de los que celebran su obra, os dirá que es un pobre lugareño, ignorante de todo género de cultura griega y romana, extraño á las condiciones de la sociedad en que vivia, y que no tenia nocion alguna de su propia individualidad, ni de la existencia de una alma separada del cuerpo (2).

Preguntadles de Dios: os dirán, ó que no hay Dios, ó que si lo hay es un sér aislado, que no se cuida de nosotros, ó un sér á quien el hombre puede sujetar á su razon, ó una creacion ideal del hombre, ó en fin, que Dios es el mismo mundo. Es decir, os llevarán al ateísmo, al panteísmo, tal vez á la idolatría, diciéndoos con el impío antes citado, que el solo culto razonable y filosófico para la tierra es el culto del sol (3), y el Dios, por consiguiente, más propio de la tierra, el mismo sol. El hombre para ellos, es un sér puramente material, una bestia perfeccionada, y al mismo tiempo el Dios de la naturaleza, el soberano absoluto de la creacion, con sentimientos á la vez de ángel y de bruto. Lo que la Religion dice de él, es una ficcion hermosa que sirvió en otro tiempo, pero que ahora no merece sino una sonrisa

(1) Renan, *Vida de Jesus*, c. 5.

(2) Id. id., cap. 3.

(3) Id. id., 58.

de desdén. ¿Y la Religion de Jesucristo, la Religion Católica? Es una cadena que esclaviza. El hombre, dicen, es libre, y puede hacer de sí mismo lo que le acomode, sin temor de responsabilidad alguna, y adorar á Dios si le place, ó negarle sus homenajes. No debe haber más religion que la voluntad del hombre, su razon y sus pasiones. Yo no exajero, Señores, las ideas disolventes de la llamada filosofía moderna: por desgracia sus libros se enseñan como doctrina aceptable, han invadido todos los pueblos, andan en manos de la juventud, y si la brevedad de un discurso consintiera referiros pasajes de ellos, conoceríais con dolor, sin duda, la exactitud de mis palabras. Leed los escritos de los apologistas de la Religion, y allí lo vereis, y vereis tambien victoriosamente refutadas tan disolventes y pestíferas doctrinas.

Descendamos de las ideas á los hechos, y examinemos el concepto que merecen á los nuevos redentores de la razon y de las pasiones los sublimes preceptos de la moral católica, que practicados durante diez y nueve siglos, han producido esa multitud de héroes y de santos en todos los estados y en todos los pueblos, cuya superioridad nadie se ha atrevido á negar. ¿No se ha dicho, hermanos míos, que la doctrina de esos hombres ha corregido y mejorado la moral de Jesucristo? La caridad se ve desterrada, hasta en su nombre, de los libros y máximas de la impiedad. El egoísmo la sustituye para usurpar sus frutos y engalanarse con sus joyas. Si algo es preciso dar al hombre, lo hará la ley, la donacion forzosa, ó la filantropía, esa donacion interesada y egoísta, esa moneda falsa de la caridad (1). Es mejor dar que recibir, dijo Jesucristo (2); y la Iglesia lo ha repetido

(1) Chateaubriand.

(2) Act. Ap. XX, 35.

siempre, y al eco de esta palabra, el espíritu de abnegación y de sacrificio se apoderó del mundo, y realizó lo que hay de mas admirable en todo el órden de las cosas humanas. La humanidad se vió socorrida, el pobre albergado, el enfermo asistido, el pueblo educado en lo que mas le conviene saber. La Iglesia era una madre que repartía sus bienes entre sus hijos, y los alimentaba con la leche de la verdad y con el pan de la caridad. La filosofía y la impiedad han dicho: Mejor es tomar que dar, y han tomado, Señores, lo han tomado todo. ¿Para quién? ¿Para el pobre, para el desgraciado, para el pequeño, que son los representantes de Cristo entre los hombres? ¡Ah! la historia del protestantismo, y de la filosofía que de él ha nacido, y de las revoluciones y hechos que son su fruto, dice para quién, y vosotros lo sabeis: yo no necesito decirlo.

La castidad, esa bella flor del Catolicismo, que le dió tantos títulos de honor en todo tiempo, é introdujo la santidad en la familia y la severidad en las costumbres de los pueblos, ¿qué es en las doctrinas modernas, que pretenden para sí la direccion y gobierno del individuo, de la familia y de la sociedad? No se la quiere, hermanos; el libertinaje más desenfrenado debe sustituirsele, y el libertinaje se pasea por el mundo, se introduce en el santuario de la familia, y envenena el corazón del niño y de la doncella. ¿Quién no le encuentra á su paso, y le ve salirle al encuentro en el folletín, en la novela, en el libro, en la escena teatral, en los inmundos partos de la fotografía, envilecida para ser instrumento de prostitucion? ¿Quién no ve sus conquistas y sus maléficos resultados, que destierran el candor de la juventud y la degradan; la santidad del matrimonio, y le roban la paz; que entronizan el sensualismo, y con él llevan la gangrena á todas las arterias del cuerpo social? ¡Ah! deten-

gámonos; el cuadro es desgarrador: *¿Ubi est ille?* ¿Dónde está el espíritu de Jesucristo, el Catolicismo, que un día ennobleció el matrimonio, purificó las costumbres, santificó el celibato, coronó la virginidad? *¿Ubi est ille?* Se ha escondido en el cláustro. ¿Qué he dicho? Hasta allí le persigue la filosofía de la impiedad, que forma el espíritu del mundo moderno. Ni aun quiere que allí, ocultamente como Jesucristo, asista á la gran fiesta.

Entremos en el órden social. El Catolicismo lo perfeccionó todo en él. Enseñando la verdadera sabiduría, dando á la sociedad su carácter propio, ha suavizado el poder y ennoblecido la obediencia. Con él se vió nacer la verdadera libertad y afirmarse los tronos, que antes eran presa del mas astuto ó del mas osado, porque el reino de Dios ha sucedido á la dominacion del hombre. A él se debe la mayor solidez de la autoridad, y la menor frecuencia de las revoluciones; á él se debe una legislacion más noble y benéfica, un derecho político y un derecho de gentes, que nunca la humanidad podrá agradecer bastante. No son palabras mías, Señores, son confesiones de filósofos y de enemigos de la Religion, de Lamennais, de Rousseau, de Montesquieu (1). El Catolicismo con suave influencia lo ordenaba todo: el espíritu de caridad y de sacrificio principiaba en el trono, y extendía sus ramas hasta la cabaña del campesino. ¿Se conserva ese espíritu en las doctrinas modernas? ¿Se agradecen estos beneficios? No, Señores: es preciso, se dice, sacudir el yugo, y para ello se proclama una libertad absurda. Como los judíos, dicen de Jesucristo: *Nolumus hunc regnare super nos* (2). No se quiere el derecho de Dios, y se entroniza el derecho del hombre, que es

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, cap. 36.

(2) Luc. XIX, 14.

siempre la fuerza, y engendra la servidumbre; se desechan las leyes selladas y autorizadas con el nombre de Dios. ¿No se ha oído la risa del desprecio y del sarcasmo cuando en el palacio de las leyes se ha pronunciado este nombre sacrosanto?

El mundo lo ha recibido todo del Catolicismo; el progreso de las artes, de las ciencias, de la legislación, la civilización, en una palabra, y sin embargo, el mundo lo niega todo al Catolicismo. Vete, se le dice; sal de nosotros; nos quedamos con lo tuyo, nos quedamos con tus grandezas que nos has comunicado. Tú vete en la desnudez, no nos haces falta. Repito, Señores, lo que antes he dicho; no exajero. Si leéis por desgracia á Voltaire, á Kant, á Proudhon y á sus afiliados y plagarios, allí lo vereis. Para lograr el intento se le denigra, se le calumnia, se le cubre de baldon, se le ridiculiza, se rechaza su acción, se le estrecha en un círculo mezquino, se le condena á la inacción y á la impotencia, despojando á la Iglesia de todos sus derechos y de todos sus recursos. Ni en la región de las ideas, ni en la de los preceptos, ni en la de las ciencias, ni en el orden de la sociedad se le deja entrar. Todo se declara libre de su inspiración, independiente de su inspección y de su autoridad. Al menos se le dejará libre en su último recinto, en el templo, en el culto y en las conciencias. Se le dice, es verdad, que viva allí; pero ni allí se le quiere. ¿No se han hecho y se hacen esfuerzos para legalizar y entronizar la herejía y el cisma, á fin de desterrarle, si posible fuera? A él se le pide todo, y todo se le niega; nada se le consiente, y se quiere que lo consienta todo, que lo perdone todo, que cuando menos transija siempre y lo autorice todo.

¿De dónde esto, Señores? Escuchad á Lamennais: «Saben que la ley evangélica es santa, y esta es la cau-

sa por que les es gravosa; les inquieta, les atormenta, no pueden soportar su perfección, su luz que los deslumbra, su santidad que los humilla. Siempre en contradicción consigo mismos, hablan de razón y de virtud, y al mismo tiempo echan de menos la corrupción y las tinieblas del paganismo; sus solemnidades voluptuosas les agradan; es el crimen lo que buscan en el error. No perdonan la más mínima debilidad en los cristianos; se admiran de que, creyendo una religión tan pura y tan hermosa, sean todavía hombres. Si se les dice: practicadla vosotros y lo vereis; responden que es impracticable. Así es que si se les escucha, tan pronto no la quieren, y no la practican porque no pueden creer, y tan pronto no creen, porque no la pueden practicar. De este modo podrán evadirse y quedar á cubierto de los hombres, pero no de Dios. Él no ha dado en vano sus preceptos, y si el impío es libre en este mundo para violar esos preceptos, hay otro lugar donde, quiera ó no quiera, obedecerá (1).

Os he presentado, hermanos, un cuadro triste y desconsolador; pero no lo es, sino porque es exacto. La sociedad, al verse grande, al contemplar el vasto horizonte de su imperio, se ha llenado de orgullo, se ha creído dueña de todo, y como el ángel rebelde en el cielo, y como el primer hombre en el paraíso, no quiere reconocer la soberanía de Dios, y repitiendo el fatal *non serviam*, proclama la independencia absoluta de la razón humana. Esa revolución la inició el protestantismo, la desarrolló la filosofía del último siglo, y se afana por llevarla á su término la del siglo actual. ¿Qué fruto darán esas doctrinas si llegan á dominar en la sociedad? El que han producido siempre y están produciendo en los

(1) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 1, cap. 36. *Beneficios del Cristianismo*.

individuos y en los pueblos que se alimentan de su sávia venenosa. El que siembra en carne, no recoge sino corrupcion, dice San Pablo (1); y esas doctrinas tienden á la sensualidad, al predominio de la materia sobre el espíritu. El que siembra vientos, cosecha tempestades, añade Oseas (2); y esas doctrinas no siembran en el individuo y en la sociedad sino el orgullo que hincha, enemigo de la paz y origen de revoluciones. Sembrando egoismo, no se coje fraternidad, sino fratricidio; el egoismo es esencialmente fratricida, y esas doctrinas divinizan el egoismo, proclamando la adoracion del *yo*. Todo se quiere de creacion propia; Dios, la religion, la ley. Yo veo á la sociedad moderna retratada en el pueblo hebreo, alimentado en el desierto con el maná del cielo, y que despreciándolo, pedía á voz en grito volver á la esclavitud y al vil manjar que tenia en Egipto (3). ¡Ay de la sociedad en su retroceso! ¡Ay de ella al separarse de Jesucristo! Cuando este se marcha, deja tras de sí el vacío, la corrupcion y la miseria (4).

Cuando la sociedad le ha gritado: *Recede à nobis, scientiam viarum tuarum nolumus* (5); retírate, no queremos la ciencia de tus caminos, Jesucristo, retirándose, lleva consigo como un sol á sus satélites todos los medios de felicidad que habia traído al hombre. La fe, la esperanza, la caridad con Dios y con los hombres, la obediencia, la castidad, el espíritu de abnegacion y sacrificio, las virtudes todas del individuo y de la sociedad; y en medio de ese vacío se levantan espectros mil, que se

(1) Gal. VI, 8.

(2) Oseæ VIII, 7.

(3) Num. XI, 5.

(4) Lamennais, *Ensayo*.

(5) Job. XXI, 14.

sucedan unos á otros. La desmoralizacion, el fraude, el pauperismo, la revolucion, la anarquía, proclamándose soberanos, y pidiendo un servicio, un homenaje, que se les dijo les era debido de derecho. ¿No es esto lo que vemos en toda sociedad separada del Catolicismo? ¿Quién reina en el individuo, en la familia y en la sociedad, hambrientos todos de libertad, de riquezas y de goces, y no levantando el espíritu más allá de la atmósfera de los sentidos? ¿No es el egoismo? De todos los poros del cuerpo social sale una voz que dice: egoismo; emancipacion religiosa; derechos del hombre; soberanía de la razon. Hé aquí el origen del mal estar social, de la agitacion y desbordamiento de las pasiones, de la ruina del individuo y de la sociedad.

En vano se entregarán los llamados filósofos á la discusion de cuanto se les presente capaz de llenar el inmenso vacío, y de apagar la insaciable sed que les devora; en vano la filosofía y la política inventarán y multiplicarán los sistemas de soñada regeneracion. Obra del hombre, llevarán el sello de la debilidad, de la impotencia y de la muerte. Hijos del egoismo y del orgullo, no engendrarán sino division y desorden. Mientras el corazon esté enfermo, la sangre de las arterias llevará la enfermedad á todos los miembros del cuerpo, y nada será capaz de detener el movimiento de decadencia y disolucion que se hace sentir tan dolorosamente. El egoismo y el poder de la materia dominarán al espíritu debilitado. Los progresos de las ciencias humanas no derramarán la luz sobre el destino del hombre. La filosofía no dará satisfaccion á las grandes necesidades del espíritu y del corazon, ni le conducirá á donde solo puede llevarle la fe con la caridad. La política, fundada en la dominacion del hombre sobre el hombre, nunca llegará á la verdadera y noble libertad. El desarrollo de la riqueza material no

será sino el signo de la pobreza moral, y por efecto de una de esas leyes eternas que rijen el mundo moral, la sociedad oscilará entre los excesos del poder y los excesos de la libertad licenciosa.

Y bien, hermanos, ¿dónde está el remedio? En Dios, en Jesucristo, en el Catolicismo. A él debemos volver sinceramente para recobrar la paz y la felicidad.

SEGUNDA PARTE.

Si el aislamiento del hombre y de la sociedad, reducidos á sí mismos al separarse de Jesucristo, es el principio de sus males, el retorno á Dios y á su Religion será el principio de su curacion y de su felicidad. Es un hecho que acredita toda la historia. Y notad, Señores, que Jesucristo no espera á que se le busque. Pastor amante de la oveja que se aleja de su redil, y padre que se desvela por sus hijos, sale á su encuentro y les dice por el Profeta: Venid á mí, escuchadme y vivirá vuestra alma, y haré con vosotros un pacto estable con misericordia firme y eterna (1).

Recordad lo que al principio os dije de la fiesta de los Tabernáculos, á la que Jesucristo asistió ocultamente. Cuando llegó el último día de ella, dice San Juan, se puso de pié en medio del pueblo, y exclamó, levantando la voz para hacerse oír de todos: «Si alguno está sediento, venga á mí y beba. El que crea en mí, verá cumpli-

(1) Isai. LV, 3.

do lo que dice la Escritura: de su seno brotarán rios de agua viva (1). Esto que dijo entonces á los judíos, lo dice en todo tiempo á todos los pueblos que, en medio del festin de su pretendida grandeza, sienten el mal estar y la angustia del desorden, y se lanzan, arrastrados por sus insaciables deseos, al abismo de la corrupcion y de las revoluciones. Jesucristo, que no quiere abandonar su obra, y ha prometido estar con nosotros hasta la consumacion de los siglos (2), la penetra por do quiera, y valiéndose de los mismos medios con que ella quiere alejarse de él, la dirige, la gobierna, y se le descubre cuando menos lo espera. Dios, hermanos míos, es la pesadilla del impío; la Religion es el fantasma, el espectro que persigue á la sociedad prevaricadora; y el mismo afán con que se repite: «No hay Dios, no queremos Religion,» es, dice Lacordaire, el gran argumento que prueba su existencia, su presencia, su influjo, y la imposibilidad de desterrarle totalmente (3).

Pero no todos los que se alejan de Dios le aborrecen. Hay muchos, la mayor parte, que conocen la necesidad que tienen de él y de la Religion; pero como los israelitas en otro tiempo quisieran amalgamar el culto de Dios con el de Baál (4), el Catolicismo con las pasiones, é inventan un cristianismo acomodaticio, un cristianismo sentimental, al que nada responda en la esfera de la inteligencia subordinada á la fe, y de los sentidos sometidos á la ley y á la mortificacion de las pasiones; un cristianismo que se someta á su razon, á su interés y á su política. Empresa inútil y ridícula. No es del hombre

(1) Joann. VII, 38.

(2) Matth. XXVIII, 20.

(3) Lacordaire, *Conferencia* 26.

(4) III Reg. XVIII, 21.